

hasta la sombra de la esclavitud, mientras no miremos a todas las clases interesadas por unos mismos principios, en perpetuar la estabilidad de la República, no creáis ¡oh Representantes del pueblo!, que la libertad se ha consolidado para siempre”.

La memoria de Dn. Juan del Corral hace parte integrante del patrimonio moral de la Ciudad de Antioquia.

Es, pues, la fiesta de la raza la que vamos a celebrar, y por lo mismo, la fiesta de esta ciudad, origen de esta raza que por su pujanza, por su austeridad y por sus múltiples virtudes se ha abierto amplio cauce en el panorama nacional.

El Gobierno contribuirá sin omitir esfuerzo alguno a la solemnidad de tan trascendental acto y para ello construirá el Hotel de Turismo en Antioquia, dotará a ésta de un acueducto completo y editará dos libros en los que se recojan las proezas y las glorias pasadas. Y para que el acto revista todo el esplendor del caso asociaremos a esta festividad la inauguración de la Carretera al Mar y las obras de colonización de Urabá, para demostrar a la ciudad procerca que sus hijos conservan la pujanza de los viejos pobladores, y que agradecidos vuelven sus ojos al solar nativo.

Antioqueños de Antioquia; antioqueños de Colombia: yo os invito a que participéis con entusiasmo en este justísimo homenaje que rendiremos a la ciudad de Antioquia, cuna de nuestra raza y madre de nuestro pueblo.

Aurelio Mejía

Gobernador de Antioquia en 1940

EN 1941 HARA CUATRO SIGLOS QUE BAJO POR LA PRIMERA VEZ DIOS A TIERRAS DE AN- TIOQUIA

Singular satisfacción experimento al acoger con amor y regocijo la ocasión que la H. Junta Pro-Centenario me ofrece para aportar mi contingente, así sea él el más pequeño, a la próxima celebración del cuarto centenario de la fundación de la ciudad lla-

mada con toda justicia la ciudad madre de la raza antioqueña. Es de tal importancia histórica, social y religiosa el acontecimiento cuyo aniversario vamos a celebrar, que muchas entidades, así oficiales como privadas, se han sentido obligadas a ostentar con este motivo sus sentimientos patrióticos, y a manifestar su gratitud por el precioso legado de cultura y civilización que recibieron de los fundadores. No podía por tanto la iglesia, que vió abrirse con la nueva fundación un inmenso y prometedor campo al ejercicio de su alta y salvadora misión en la tierra, mostrarse impasible e indiferente en las actuales circunstancias. En nombre de ella y como representante suyo vengo hoy a dirigiros unas breves palabras.

Al que estudie detenidamente y sin prevención ni prejuicios sectarios la historia de la humanidad, no puede menos de presentársele, clara como un axioma matemático, ineludible como una deducción lógica, la acción constante de una Providencia altísima, superior a todos los cálculos de los hombres, en la dirección de los acontecimientos humanos y en el gobierno del mundo. Es de una evidencia palmaria la frase: el hombre se agita y Dios lo dirige. El inspirado autor del libro divino de los Proverbios exclama: Tu Providencia paternal, oh Dios, lo gobierna todo.

Entre los grandes sucesos que han influido más hondamente en los destinos de la humanidad, ha de colocarse en primera línea, después de la redención del mundo obrada por el Hijo de Dios hecho hombre, el que culminó el 12 de octubre de 1492. Si algún acontecimiento presenta claramente los caracteres de providencial es ciertamente el realizado por el Almirante Cristóbal Colón, quien al plantar la Santa Cruz y el pendón español en las playas de la isla Guanahaní no se daba todavía cuenta exacta de lo que había hecho. Una mano superior lo conducía, y él se dejaba guiar, casi inconscientemente.

Sabido es de todos que en aquellos tiempos la Iglesia lloraba la defección de naciones tan importantes como Alemania, Inglaterra, Suiza y otros estados del norte, y veía amenazadas por la pseudo-reforma protestante a Francia, España y hasta a la

misma Italia. Acudió entonces el Divino Fundador, que nada ama tanto en el mundo como a su Santa Esposa, a llenar los vacíos inspirando a Colón la portentosa empresa que había de ofrecerle los medios de atraer a su seno nuevas naciones que repararan con creces las pérdidas sufridas en la vieja Europa. Todo lo he de atraer a mí, dijo Jesucristo. La Providencia escogió para tamaña obra a la nación más católica de entonces y la época en que estaba gobernada por monarcas que merecieron el dictado de Reyes Católicos.

Cierto es que nuestros conquistadores no eran ejemplares de vida cristiana. Agujoneados por su desmedida ambición y por el **auri sacra fames** llegaron a extremos de crueldad tan inauditos que dejaron tras sí horrible huella de sangre. Y estos crímenes los cometían no sólo con los aborígenes, a quienes sometían de manera despótica e inmisericorde, sino también con los propios peninsulares. Entre estos delitos hay que catalogar el cobardemente perpetrado por el Adelantado Sebastián de Belalcázar en la Loma del Pozo en la persona noble, valiente y generosa de nuestro fundador el Mariscal Jorge Robledo. Pero a pesar de todo, los conquistadores unían a ese saldo de maldad, a sus violentas pasiones, una fe inquebrantable, una adhesión a toda prueba a la Iglesia Católica, y cumplían, de grado o por fuerza, consciente o inconscientemente, la alta misión encomendada por la Providencia Divina a la nación ibera. Por eso vemos que esos aventureros que venían en busca de fortuna y de oro, traían siempre a su lado al sacerdote, al religioso, que se encargara de los intereses de la fe y de la extensión del reino de Cristo entre naciones bárbaras que nunca habían oído hablar de él. Cumplióse entonces la profecía de Isaías: Un pueblo que vivía en las sombras de la muerte vió una gran luz.

Cuando Robledo llegó a esta privilegiada región que había de ser la cuna de una raza fuerte, activa, emprendedora, que había de caracterizarse por su profunda fe religiosa, trajo consigo a un Padre Mercedario, sobrino suyo y, según dice el P. Monroy, su confesor. Este fue el afortunado religio-

so a quien Dios confió la misión providencial de ofrecer por primera vez el augusto sacrificio de nuestros altares, único digno de la Majestad Divina, en esta tierra en donde hasta entonces sólo se había tributado culto al demonio. El fue el primer heraldo evangélico que anunció la buena nueva a los que no conocían sino las supersticiones y los groseros errores de un paganismo inmundo. Mercedario era él, es decir, pertenecía a aquella humanitaria orden religiosa, fundada a petición de la Santísima Virgen María para redención de cautivos, y venía a iniciar la obra salvadora de libertar a los pobres indios de la esclavitud demoníaca en que vivían. Qué espectáculo tan emocionante presentaba en medio de su rusticidad aquella escena de la celebración de la primera misa en territorio antioqueño! Al lado del conquistador español, de aire aristocrático y marcial, doblaba la rodilla ante el Rey del universo el indio salvaje que, atraído por el trato caritativo y al mismo tiempo señorial de Robledo, principiaba ya a tomar parte en nuestros sagrados misterios.

El aniversario del día en que se celebró en tierras antioqueñas la primera misa debería solemnizarse año por año entre nosotros, a la manera que los hijos de Israel establecieron fiestas anuales para conmemorar todos los grandes acontecimientos relacionados con su culto y con su templo. Aquel día fue simbólico: contenía en sí el germen de ese grandioso culto religioso de que hoy se enorgullece con sobrada razón la raza antioqueña: germen que ha venido desarrollándose en proporción siempre creciente durante cuatro siglos hasta culminar en esas estupendas manifestaciones religiosas que, como el imponente Congreso Nacional Eucarístico de 1935, colocan a Antioquia en primera línea entre las Iglesias de Colombia.

Este fue el granito de mostaza que, pequeñísimo en sus principios, se ostenta hoy árbol corpulento y frondoso en cuyas ramas han venido a posarse las aves del cielo, es decir, aquellos insignes varones de piedad ilustrada, de alto saber, de virtud heroica probada en el crisol del sufrimiento, que han sido nuestros conductores espirituales. Este árbol que constituye lo que hoy pudiéramos llamar la I-

glesia antioqueña, comprendiendo el territorio de los dos departamentos de Antioquia y Caldas, muestra su maravillosa fecundidad a la faz de la nación: "en que sus 5 catedrales, sus 200 parroquias, sus 500 sacerdotes, sus 5 prósperos seminarios con centenares de aspirantes, sus cerca de dos millones de católicos, y el espíritu católico indestructible de nuestro pueblo".

Sí, el espíritu católico indestructible de nuestro pueblo. Porque si algo caracteriza al antioqueño es su arraigada religiosidad y su adhesión firme y cordial a las doctrinas y enseñanzas de la Iglesia de Cristo. Hay un hecho constante que lo pregona muy alto. Si entre nosotros se proyecta fundar una población, lo primero que ha de hacerse es señalar el predio para la construcción de la capilla o iglesia. Si así no se hace fracasará indefectiblemente el proyecto, porque la familia antioqueña no se establece donde no tenga al lado o la casa de su Dios que le facilite el ejercicio del culto y de las prácticas piadosas, y le garantice la educación religiosa de sus hijos. Este mismo espíritu religioso es el que ha hecho del hogar antioqueño el tipo genuino de la familia cristiana. Todos estos beneficios de orden religioso derivan, como es claro, de la disposición providencial que señaló la nación española para el descubrimiento, conquista y colonización de los pueblos americanos.

Es de lamentarse que la historia no haya guardado el nombre del feliz antioqueño que fue el primero en recibir las aguas sacramentales que lo hicieron miembro de la Iglesia de Cristo y heredero del cielo. Pero sí sabemos el del primer hijo de la ciudad de Antioquia que fue elevado a la dignidad sacerdotal. Fue este el Presbítero don Pablo Jerónimo de Muñoz y Collantes que recibió las sagradas órdenes en Bogotá de manos del Ilmo. Sr. Dr. Dn. Fray Luis de Zapata y Cárdenas el primero de enero de 1574. Sirvió desde su ordenación hasta su muerte ocurrida el 2 de agosto de 1626 el curato de Arma. Fue sacerdote de gran caridad. Al morir dispuso que de sus bienes se fundara una capellanía para darle abrigo y vestido a los pobres, y que el resto se repartiese entre sus feligreses que tuviesen

necesidad de auxilio. Dejó también una gran cantidad de dinero para los pobres de su ciudad natal. Siempre será un honor para Antioquia que en ella hubiese nacido un sacerdote tan santo como el Pbro. Muñoz y Collantes, dice el Pbro. Francisco Ventura de Zabala, de quien he tomado estos datos.

Y aquí se impone hacer un grato recuerdo del primer templo que se levantó en Antioquia al verdadero Dios. Aquello fue una pobre iglesia, rústica, pajiza y estrecha, pero digna de eterna memoria "porque fue el primer trono que se erigió en estas latitudes al Rey inmortal de los siglos, el lugar en donde Cristo Señor Nuestro tuvo su primera morada, su primera cárcel de amor, en donde la naciente iglesia antioqueña reunió sus primeros hijos para elevar sus plegarias al Padre de las Misericordias". Ese templo se erigió en el lugar preciso que hoy ocupa la esbelta catedral de la ciudad de Antioquia.

Sabido es de todos que el territorio descubierto por el Mariscal Jorge Robledo quedó en lo eclesiástico sometido a la jurisdicción del Obispo de Popayán, y es cosa que admira y edifica el ver cómo los Prelados de aquella diócesis, a pesar de la larga distancia que los separaba de Antioquia, a pesar de las penalidades y privaciones de todo género a que se exponían al atravesar regiones despobladas y desprovistas de recursos, tuvieron el ánimo y el celo suficientes para visitar con relativa frecuencia esta remota provincia. En efecto, en 1636 se vió por primera vez en territorio antioqueño un Príncipe de la Iglesia, el Excmo. Sr. Diego de Montoya y Mendoza, Obispo de la diócesis, quien administró por primera vez en la iglesia parroquial de la ciudad de Antioquia el santo sacramento de la confirmación. Tres años después, en septiembre de 1639 se renovó este honor con la visita pastoral del inmediato sucesor del señor Montoya, el Excmo. señor Fray Francisco de la Serna, agustino.

En 1659 el Excmo. señor Jacinto de Contreras y Valverde llegó a la ciudad de Antioquia, bendijo e inauguró la nueva iglesia parroquial que se había construído para reemplazar la que se había quemado, y celebró en ella una función nunca vista hasta entonces en estas tierras y que debió de dejar en el

ánimo de los buenos y sencillos cristianos de aquellos felices tiempos una impresión imborrable: el Excmo. Señor Contreras confirió órdenes y ungió con el óleo santo las manos del primer sacerdote antioqueño ordenado en toda Antioquia, el Pbro. Don José Salvador Jaramillo.

Estas cortas reflexiones ponen de manifiesto que el 25 de noviembre de 1941 marca no sólo el cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Antioquia y del nacimiento de nuestra raza, sino también el del establecimiento en nuestra tierra de la santa Iglesia de Cristo con todos sus beneficios naturales y sobrenaturales, con todos sus altos ideales divinos y humanos y con todo ese cortejo de cultura y civilización moral que ha transformado tan admirablemente el mundo entero.

Francisco Cristóbal Toro

Obispo de Antioquia y Jericó

LA TRASCENDENCIA HISTÓICA DEL CENTENARIO DE ANTIOQUIA

Invitado a colaborar en estas conversaciones con que se quiere mantener vivo el entusiasmo por la celebración de las festividades centenarias de la ciudad de Antioquia, acepté con entusiasmo y agradecimiento, por dos motivos, a saber: primera y primordialmente porque he sido siempre un fervoroso sostenedor de los fueros y prerrogativas que corresponden a la muy noble y muy leal ciudad de Santafé de Antioquia, punto de partida de nuestro nombre gentilicio y de nuestro pueblo; y luégo, por la circunstancia de hallarme en el honroso puesto de Presidente de la Academia Antioqueña de Historia, cargo que, naturalmente, entraña obligaciones.

La muchedumbre de mis ocupaciones no me ha dado en estos días vagar, ni me han permitido aplicarme al estudio serio de los múltiples problemas